

de ellos. No darán a la infantería española el apoyo que merece por su indiscutible bizarría.

Contra la embestida de los jinetes realistas, Páez destaca el *Escuadrón Sagrado*. Componían este cuerpo los jefes y oficiales sobrantes en el ejército. Montaban todos caballos blancos y su uniforme era encarnado desde la gorra hasta el botín. Su jefe era el intrépido Aramendi. Eran casi todos guerreros del tipo de Páez: jinetes prodigiosos, lanceros insignes, domadores de potros bravíos, con músculos de acero, resistencia inquebrantable, arrojo temerario que les impelía a acometer hazañas fabulosas. Eran los hombres de las Queseras del Medio, de Cojedes y de La Cruz. A éstos se les unieron todos los miembros del Estado Mayor. Aquel cuerpo de oficiales que peleaban como soldados dió una carga soberbia. Al frente de una de las compañías se encontraba un Capitán llamado Juan Angel Bravo.

Con tal denuedo peleó este oficial que en su uniforme exhibía las señales de catorce lanzas que había recibido. El Libertador dijo que merecía un uniforme de oro.

Al embate impetuoso del *Escuadrón Sagrado* comenzó la desbandada realista. La caballería de Morales volvió grupas y emprendió fuga por el camino del Pao. Otros cuerpos que veían huir a los jinetes despavoridos eran presa del contagio de la derrota y huían también. La persecución se inició vigorosa. *Barbastro* se rindió ante una carga que mandó Páez en persona. Batallones enteros caían prisioneros. Los infantes arrojaban sus armas y se dispersaban internándose por los bosques. Las filas mermaban, las columnas se deshacían. Era el desmoronamiento, el vértigo de la derrota, la catástrofe. Carabobo era ya triunfo de Bolívar.

(Concluirá en el próximo número).

Sigue pag 394

La condesa de Pardo Bazán

POR E. DIEZ-CANEDO

TODA la notoriedad a que puede aspirar en España un hombre de letras la tenía conquistada, muchos años hace, la condesa de Pardo Bazán. Deja, al morir, una labor imponente. Sus libros novelescos y críticos tienen por sí entidad sobrada para solicitar la atención, promover la polémica o arrancar el aplauso. Pero no cabe dudar que les añade atractivo el hecho de ser obra de una mujer.

Obra de mujer, no es extraño que en ellos se manifieste, entre las demás cualidades, un vivo sentimiento de curiosidad. El nombre de la condesa de Pardo Bazán va unido a los primeros atisbos españoles de ciertas doctrinas y tendencias literarias. Atenta al pensamiento europeo, ella fué acaso la primera en ver el vuelo de la escuela naturalista, en relatar sus gestas y señalar sus triunfos; por ella también nos asomamos al vasto paisaje de la novela rusa; y a través de ella vino a nosotros un reflejo del retorno idealista que se inició en las literaturas del viejo continente al agotarse las posibilidades del naturalismo, unos años antes de la guerra. A veces traducíase tal curiosidad en libros de exposición, como *La cuestión palpitante* o *La revolución y la novela en Rusia*; las más se escondía a medias en narraciones de creación personal, en *Los Pazos de Ulloa* o en *La Sirena Negra*. Pero esa curiosidad fué acaso la única cualidad femenina que la condesa tuvo.

Todo lo demás en ella es varonil. El afán enciclopédico, que la llevó a intentar, recordando a Feijóo, tema de uno de sus primeros trabajos, un



La finada condesa de Pardo Bazán

Vista por VÁZQUEZ DÍAZ.

(El Sol, Madrid).

Nuevo Teatro Crítico; el ardor con que refiía batallas y suscitaba contradicciones; el empeño en lograr éxito en la escena, sillón académico, cátedra universitaria; su misma insistencia en que se la llamara escritor, presidente, catedrático, así, en masculino.

Esta será la figura que nos deje a través del tiempo. La condesa de

Pardo Bazán no pertenece a esa categoría de escritoras que ponen sola y exquisitamente en sus escritos, no lo femenino, lo maternal; una escritora del tipo de Fernán Caballero o de Selma Lagerloff. Mucho menos se ajusta a esa obra hartó más escasa y difícil, en que la mujer descubre su más íntimo secreto; grupo reducido en que hoy sobresale Colette, y del que no está lejos nuestra Rosalía Castro. Es, no hay duda, como lo fué en otras actividades Concepción Arenal, su paisana, de la falange mandada por George Sand. Es la mujer que quiere pensar y escribir como el hombre. En vano proclamará su feminismo; siempre se echará de menos en ella esa sutil, esa rara esencia; la femineidad.

Leyendo a la condesa de Pardo Bazán, en sus novelas y en sus cuentos, no se está en presencia de una mujer. Su estilo tiene vigor masculino, y en sus mismas exageraciones, antes que un amaneramiento mujeril, se delata una brusquedad hombruna. Y esto no es en ella involuntario, no sale a la superficie como a pesar suyo, sino que, por el contrario, responde a un cálculo profundo, a una meditada aspiración. La Pardo Bazán es como quiere ser; y, en verdad, eso es lo primero que se le ha de exigir a un artista.

Quizá por esto se la trató como a un hombre, con ruda franqueza, sin mohines de galantería. Nadie fué más combatido y negado que ella; y, ciertamente, no puso ella poco de su parte en el juego. Influencias hartó directas, inspiraciones sobrado visibles, se le señalaron sin rodeos. Mas, por encima de todo, su personalidad, manifiesta en seis o siete novelas, en muchísimos cuentos, algunos comparables con los mejores escritos en lengua castellana, se destaca con vivo relieve en el cuadro de nuestra literatura, en la que dejará, para mucho tiempo, huella vigorosa.

(El Sol, Madrid).

Repertorio Americano

— BIBLIOTECA —

Pida el folleto *Un Capítulo de Sismondi* y díganos si el ilustre historiador suizo aprobaría que las comunidades religiosas tomaran a su cargo la educación de la juventud costarricense, como algunos insensatos lo quisieran.

Y pídanos también este otro folleto: *Colegio de Cartago*, por D. Ricardo Jiménez. Palabras de 1886 que—como todas las cosas buenas, bien pensadas y escritas—tienen un valor perdurable. Los próceres no hablan en vano.